

sía popular. La armonía es tal que hasta halaga los oídos de las personas que no saben latín, como por ejemplo en los versos siguientes de: *Amorum lib. I ad Fanniam*:

*Amabo mea chara Faniella,  
Ocellus Veneris decusque Amoris,  
Iube isthaec tibi basiem labella,  
Succiplena, tenella, mollicella,  
Amabo mea vita suaviumque  
Face istam mihi gratiam petenti.*

Una de estas poesías, titulada: *Ad Actium Syncerum Sannazarium*, va dirigida á otro poeta, amigo íntimo de Pontano, que á la sazón se hallaba en Sicilia, y á quien Pontano quería ver á su lado en Bayas, cuyos atractivos le pinta en los siguientes términos: «Aquí los jóvenes de uno y otro sexo tienen licencia para bromear, cortejar, cantar y bailar; aquí toca á la gente vieja el dirimir las desavenencias que ocurren entre los jóvenes, ó embrollarlos si viven en paz, hacer reír á los que lloran y hacer llorar á los que rien, componer el tribunal de amor y dictar penitencias que los culpables ejecutan ó reciben de muy buen grado. Este es el sitio que hace olvidar á todos los demás, sitio bienaventurado, apreciado por los hombres y los dioses.»

El poeta á quien llamaba era Jacobo Sannazaro, que nació en Nápoles el año 1458 y murió allí mismo en 1530. Como Pontano, era apasionado al estudio, y muerto este, su amigo encargóse de la publicación de sus obras; pero fué mas adicto que Pontano á su soberano, porque cuando el rey Federico (D. Fadrique) tuvo que abandonar su país y pasar desterrado á Francia, le acompañó y se estuvo mucho tiempo con él; sacrificio tanto mayor cuanto que dejó su casa en Nápoles, una quinta que el rey le había regalado, y á una esposa amada y amante. En efecto, si los poetas del Renacimiento solían hacer versos amorosos dirigidos á una mujer imaginaria y si cantaban el amor que acaso nunca habían sentido, solo para hacer versos, no sucedía así respecto de Sannazaro, que hablaba por experiencia y se dirigía á su propia esposa, la bella Carosina Bonifacio, á quien amaba entrañablemente. Según él mismo cuenta, quizás para no ser menos que Dante, amaba á esta mujer desde que la conoció siendo ambos niños, él contaba ocho años solamente, y su amor solo acabó con la muerte de su esposa. Volvió á casarse con Casandra Marchese, mujer ya entrada en años, pero el lazo de unión entre los dos ya no era el amor, sino una amistad sincera. La primera es la heroína de la *Arcadía* (1), obra de bastante extensión y publicada por primera vez en 1504 (2). A la segunda mujer celebró en sus *Rimas*, poesías pequeñas; pero en todas sus demás poesías, en églogas, elegías, sonetos y epigramas canta su amor eterno, como en el bello dístico:

*Tu puero teneris ignis mihi primis ab annis;  
Ultima tu tremulo flamma futura seni.*

A pesar de la afinidad de muchos versos con los de Petrarca, no la hay en el sentimiento; el de Sannazaro fué sincero y positivo, aunque envidiara la gloria de Petrarca, que con sus sonetos se había hecho inmortal y también había

(1) Sannazaro había recibido su instrucción en la Academia de Pontano. La *Arcadía* es un idilio pastoril escrito en italiano, en verso y en prosa, y es considerado por los italianos como su mejor poesía bucólica por las ideas y la armonía del lenguaje. Sus demás poesías italianas, sonetos y canciones, están reconocidos por la pureza del lenguaje como obras clásicas por la academia de la Crusca. (N. del T.)

(2) Otras autoridades respetables dicen que fué impresa por primera vez en Venecia, en 1502. Esta república pagó á Sannazaro por una *Oda á Venecia*, 600 zequiles (poco mas ó menos, 24,000 reales). El nombre de esta moneda viene de *Zecca* (la *Seca*) casa de moneda. (N. del T.)

inmortalizado á Laura, y aunque él mismo deseara, según indica en muchos pasajes, conquistar con sus poesías la inmortalidad. Sus quejas y lamentos conmueven, su alegría seduce, y se admira la habilidad con que trata un mismo motivo fútil en diferentes pasajes, como las manos de su amada cuando con ellas cubre sus ojos y el velo que tiene la dicha de cubrir su cara. De las cosas mas insignificantes saca partido y las describe de una manera tan graciosa que cautiva y sorprende, como la muerte de una perdis que se comió un esclavo en lugar de entregarla con dos mas á la amante del poeta, según le había encargado este. Cuando el alma de la perdis sacrificada llega al Tártaro, lamentase de su suerte desgraciada, mientras sus dos compañeras «vivan en la gloria,» porque habían llegado felizmente á manos de la mujer amada. En otra ocasión, hallándose la misma mujer gravemente enferma, desea el poeta en su desesperación la muerte de su amante porque así por lo menos le quedaria una misión que cumplir, la de conservar sus cenizas y llorar su pérdida.

La obra poética principal de Sannazaro, tanto por sus bellezas como por su importancia literaria en general, es la *Arcadía*. No ignoraba su autor esta importancia y superioridad, porque dirigiéndose al final de este poema á la musa, le dice: «Has sido la primera que ha despertado las selvas adormecidas y enseñado á los pastores el arte de entonar sus cantos, que se había perdido.» La aceptación que encontró de parte del público fué tan grande que se hicieron en todo el siglo XVI sesenta ediciones, sin contar las muchas imitaciones de otros poetas.

Esta *Arcadía* es una colección de églogas unidas entre sí por un texto en prosa. Para la totalidad imitó el poeta el *Ameto* de Boccaccio, y para la égloga XII el *Meliseo* de Pontano; pero en todo lo demás campean solamente ideas y sentimientos originales, lo cual se comprende, pues toda la obra es una lamentación de la muerte de Carosina, esposa del poeta, que había fallecido mientras él estaba en Francia. Bajo los nombres de Ergasto y Sincero va Sannazaro en esta obra á Arcadía para llorar á su amante; y una vez allí entona con los demás pastores cantos en los cuales celebran la hermosura y virtud de la difunta; desde allí pasa el amante inconsolable al Tártaro, guiado por una náyade, en busca del consuelo que no encuentra, hasta que al cabo de mucho tiempo, viendo lo infructuoso de todos sus esfuerzos y lamentos, regresa á su país.

No siempre ha acertado el poeta á dar á sus versos el verdadero tono pastoril, porque como artista y docto hace usar giros y cantar canciones á sus pastores que solo son propias de personas instruidas; pero produce en los lectores y oyentes el sentimiento de la sociedad campestre con sus cuadros expresivos y descripciones elocuentes, que le salen del corazón. Sus pastores deben conocer á Teócrito y Virgilio porque hablan y cantan de los dioses Pan, Baco, Ceres y las náyades, pero en cambio hablan los amantes el lenguaje rústico de la gente del campo, sin excitar la sensualidad, en la cual Sannazaro no pensaba cuando hablaba de la purísima mujer, dueña de su corazón.

En la misma poesía elogia también á sus amigos; recuerda con agradecimiento y amor filial á su idolatrada madre, que había muerto prematuramente, y por último introduce sutilmente en sus versos algunas expresiones laudatorias de sus soberanos desterrados, como corresponde á tan fiel partidario de la casa de Aragón y enemigo constante de los reyes de Francia. Su odio á la dominación francesa se extiende al país, á Francia, de la cual dice: «Es un desierto que no puede ni producir ni mantener jóvenes nobles y que apenas parece á propósito para morada de fieras.»

La fama que alcanzó con esta poesía no pareció muy sólida al autor, porque «solo estaba fundada en el juicio de la muchedumbre.» Como á casi todos los literatos de su tiempo, le parecia espúrea toda celebridad literaria no fundada en escritos latinos, y entre estos le gustaban mas los que trataban motivos religiosos.

Impulsado por estos pensamientos escribió su poema titulado: *De partu Virginis*, fruto sazonado del culto que rendía á la Virgen, «á la cual, decía Goethe, dedicó, como dechado de hermosura y de virtud, sus talentos y su vida.» Veinte años trabajó en este poema, no muy voluminoso, repasando cada verso, cada canto, con sus amigos, pero también fué grande la fama que adquirió con él y que le valió la calificación de «Virgilio cristiano.» Era, en efecto, el primer poeta que había poetizado la religión cristiana, pues los anteriores la habían proclamado y cantado sin las galas de la poesía.

El argumento de esta obra apenas se aleja de la tradición admitida. Convencido Dios de que los pecados de la humanidad habían llegado á su colmo, determina enviarle un redentor y da al arcángel Gabriel el encargo de anunciar á la Virgen María su sublime destino. El arcángel desciende al mundo y encuentra á la Virgen dispuesta á cumplir la voluntad de Dios; el Espíritu Santo baja y se efectúa el milagro de la concepción, milagro que conmueve toda la naturaleza muerta y viva; las almas de los difuntos se levantan y David predice en términos exaltados la vida de Jesús. María va á ver á Santa Isabel y una alegría inefable se apodera de ambas, pero es interrumpida por otros sucesos, como el decreto de Roma para formar el censo de la población, medida que obliga á María y José á huir á Belén, donde la afluencia de forasteros es tan grande que los dos tienen que cobijarse en una gruta, donde nace Jesús. Este suceso llena al mundo de júbilo; ángeles y pastores entonan himnos de alabanza y el Jordan proclama, exaltado, la gloria de Jesús, el Redentor del mundo.

El mérito de Sannazaro no consiste, pues, en la invención, sino en la ejecución, en la forma intachable y el arte acabado de sus versos. Sus descripciones, que no retroceden ante ningún motivo y se atreven á lo mas elevado, á la aparición del mismo Dios, son plásticas, y la religiosidad que inspira todo el conjunto es verdadera y no afectada, tanto que se conoce desde luego que el poeta no eligió este tema como habría podido elegir cualquiera otro, sino porque era el tema de toda su vida, porque le impulsó á elegirlo un movimiento interior. Si en esta obra mezcla cosas paganas y antiguas con el cristianismo y la vida moderna, mezcla que hiere desagradablemente nuestros sentimientos estéticos, no debe vituperarse por esto al poeta, porque en aquel tiempo encontraba todo el mundo muy natural que los pastores mezclaran en sus cánticos junto al pesebre en que yacía el Salvador del mundo, versos de la égloga cuarta de Virgilio, ni que el poeta atribuyera á Dios rasgos de Júpiter, al arcángel Gabriel virtudes de Mercurio, y á la Virgen María cualidades de Dido, ni lo que es peor á nuestros ojos, los designara directamente con nombres gentilicos, ó que dijera que cuando David cantaba se conmovía el Erebo, la Furia rechinaba los dientes de coraje, se estremecía el Cocito, y Sísifo quedaba inmóvil, ó bien cuando para dar mas crédito al Jordan hace pasar sus profecías por las de Proteo.

Sannazaro era hombre y se cansaba como todo el mundo de estar constantemente en éxtasis religioso, por natural y verdadera que fuese su fe y por grande que fuera su entusiasmo, lo cual confiesa ingenuamente al final del poema, diciendo que tiene que abandonar los motivos sagrados porque le esperaban los tritones, las neréidas y su quinta de Mergellina, regalo del rey Federico, donde siempre bro-

taban lozanas nuevas coronas que deseaba ceñir á sus sienas.

Allí había hecho construir una capilla dedicada á la Virgen, en la cual la veneraba, lo mismo que á su patron Santiago, é hizo decir misas por el alma de su bienhechor cuando este pasó á mejor vida. Léjos del ruido del mundo alternaba allí los ejercicios religiosos con las composiciones poéticas, celebrando las bellezas de la naturaleza, la vida pastoril, el mar, la primavera, el amor y el culto de la Virgen. En rimas ligeras cantó allí sucesos de su tiempo; tres dísticos que dedicó á Venecia le fueron pagados por el consejo municipal de esta ciudad con cien ducados. Muchas de estas rimas políticas son notabilísimas por la franqueza varonil del autor, que hasta atacaba á los papas, cosa que pocos poetas se atrevían á hacer. De Inocencio VIII dice que repobló con su prole la capital por él despoblada; y así va hasta llegar á Adriano VI, el «bárbaro» contra el cual invocaba á Cristo vengador. Al mismo Leon X satiriza, diciendo que al morir no pudo recibir los sacramentos porque los había vendido, con los demás tesoros pontificios; y mas que todos sufrieron su odio y sus tiros envenenados el papa Alejandro VI y toda su familia.

Esta animadversión á ciertos sumos pontífices jamás arrastró á Sannazaro á expresiones irreligiosas, porque su fe estaba cimentada tan firmemente que no la pudieron conmover ni los crímenes mas inicuos de las personas eclesiásticas de mas alta categoría. Sin ser eclesiástico, observó con rigor meticuloso todo lo que prescribe la Iglesia, y nadie procuraba mas que él fomentar la consideración y el respeto debidos á los ministros del altar.

Muy diferente de él era su paisano y compañero de la academia de Pontano, Masuccio (1), de la noble familia de Guardati, de Salerno, donde también nació y murió. Vivió entre los años 1420 y 1480. Era secretario del príncipe de San Severino, que en la sublevación de la nobleza contra el rey Fernando de Nápoles capitaneó á los nobles, lo cual no parece haber impedido que Masuccio continuara formando parte del grupo de literatos de la corte napolitana.

Las escasas noticias que tenemos sobre su vida las debemos á Pontano; pero como escritor hablan sus obras por él, especialmente su colección de novelas, escritas entre 1463 y 1468 probablemente, é impresas por primera vez en 1476, siendo posible que el autor viviera entonces todavía. Después han sido reimpresas muchas veces. No era sabio de profesión, pero viviendo entre esta clase docta se acostumbró á imitar á Juvenal y á los autores anticuarios de su tiempo, invocando en sus obras á Júpiter, al radiante Apolo y á todos los dioses antiguos. No por eso dejaba de ser italiano y noble; afectaba por una parte el lenguaje de esta casta, menospreciando al pueblo bajo, y por otra parte se servía de su idioma italiano, á imitación de Boccaccio, buscando como él los argumentos de sus novelas en la vida de su época. Por esta razón usa también idiotismos napolitanos para sus cuadros de la sociedad que le rodeaba, y en especial de la capital, que describe con toda naturalidad realista, sin retroceder ante la espantosa inmoralidad que dominaba todavía en todas partes, á pesar de haber dedicado sus novelas á la joven é ilustre Hipólita Esforcia, desposada entonces con el príncipe heredero, que después reinó con el nombre de Alfonso II. Al mismo tiempo no pierde ocasión de manifestar su odio al clero, el cual tenía en Nápoles mas enemigos que en otra parte porque los papas trabajaban constantemente para apoderarse del país. El libro primero de la colección, que contiene

(1) Tomás Guardati. Su colección de 50 novelas forma el primer tomo de la «Biblioteca napolitana,» publicado por Settembrini, en 1874, en Nápoles. (N. del T.)



diez novelas, trata exclusivamente de los malos sacerdotes, de sus relaciones criminales con las mujeres solteras y casadas, de las venganzas de los maridos engañados y de las astucias de que se valen los malos clérigos para salir con sus cómplices del paso; por ejemplo, la excusa de aquel que sorprendido infraganti, trató de persuadir al marido de que quería engendrar á un quinto evangelista. Pinta igualmente sus engaños con reliquias, sus promesas de hacer resucitar algun muerto y dar entrada en el paraíso, cobrando, por supuesto, anticipadamente; y por último refiere con viveza y con multitud de pormenores tales que no puede dudarse de su entera veracidad, cómo otros mas pícaros que ellos les hacen perder el dinero mal adquirido. No cuenta Masuccio estas cosas por casualidad ni para mero pasatiempo de los lectores, sino con el fin bien meditado y serio de ilustrar al pueblo haciéndole ver lo que son sus pastores. Así lo manifiesta claramente en los exordios, en forma de epístola, y en los epílogos, que encabeza con su nombre, en uno de los cuales exclama: «¡Que la tierra se trague vivos á estos malvados, soldados del demonio, juntamente con sus protectores!»

De esto á cierta despreocupación y tolerancia religiosa no hay mas que un paso, y efectivamente, habla Masuccio de los mahometanos como infieles pero elogiando sus virtudes, su gratitud y generosidad.

Entre los cuentos que inventó ó que corrian en su tiempo y aprovechó para fomentar el odio contra el clero de la época, figura uno cuyo héroe es el emperador Barbaroja, el cual por la perfidia del papa, en una peregrinación á la Tierra Santa cayó en manos del sultan. Puesto en libertad bajo la promesa de pagar un elevado rescate, el emperador dejó una garantía en poder del sultan, y quedó admirado cuando vió que este no quiso aceptar el rescate y le devolvió la garantía, con cuyo proceder ambos soberanos se hicieron amigos. Para castigar al papa marchó contra él Barbaroja con una gran hueste, le arrojó de Roma y le encerró en un hospital de Sena, donde murió miserablemente.

Este cuento se halla en el libro quinto, que refiere hechos caballerescos, nobles y generosos, de amor y fidelidad conmovedora, muchos de ellos bellísimos, mientras en los demás libros, especialmente en el segundo y tercero, narra «tretas que se juegan á los celos y artimañas de las mujeres,» salpicadas de impudencias y obscenidades que en las novelas de aquel tiempo eran todavía moneda corriente y que por cierto debieron divertir á Antonio Beccadelli, al cual Masuccio dedicó una de estas novelas.

No podía haber, pues, mayor contraste entre Masuccio y Beccadelli, hijos de un mismo pueblo, literatos ambos y contemporáneos; pero ambos concordaron en su odio á los papas y á todos los ministros indignos de Dios.

Semejantes contrastes se veían entonces á menudo en Italia y mas que en otra parte en Nápoles, adonde los aragoneses habian llevado un espíritu diferente del italiano, espíritu que se conservó incólume contra la influencia poderosa del país en que vivían, como lazo indestructible que los unía á su madre patria. Los castellanos, que despues de ellos dominaron en Nápoles, fueron todavía mas refractarios á la civilización italiana y hasta enemigos de su literatura, que tachonada de reminiscencias paganas, repugnaba á su fanatismo religioso y á su espíritu nacional insólito. No entra en nuestro propósito seguir los pasos de la literatura y del espíritu que se formaron bajo la influencia española, y cuyas primeras manifestaciones son dos dramas del año 1492, de los cuales nos ha dado noticia Gregorovio. El uno, titulado: *Historia Bética*, escrito por Carlos Verardi, trata de la conquista de Granada, último baluarte del poder árabe en España; y el otro, titulado: *Fernandus servatus*, escrito por Marcelino Verardi, describe la

salvación del monarca español del puñal de un asesino. Ambas piezas carecen de importancia literaria y solo sirven para atestiguar la consideración que el gobierno español gozaba ya en Nápoles. Desde entonces no faltaron á los soberanos españoles panegiristas y poetas cortesanos, aun sin hablar de Carlos I, que para los italianos era mas emperador de Alemania que rey de España; pero se conoce que á estos poetas les faltaba el entusiasmo sincero. Puede servir de ejemplo de la literatura de aquel tiempo Luis Tansillo, que vivió desde 1510 hasta 1568, imitador feliz y de mucho talento y estro de la poesía bucólica creada por Sannazaro, y además moralista notable. Tansillo, en sus poesías instructivas, pinta admirablemente la sociedad de su tiempo, que gemía bajo el yugo de los extranjeros, á quienes alguna vez solía tratar de bárbaros, con las indispensables sátiras, bien que prudentes, que le dictaba el espíritu de venganza.

El esplendor que la literatura habia alcanzado en los reinados de Alfonso y Fernando, habia pasado ya.

#### CAPITULO XIV

##### VENECIA Y EL PAPA JULIO II

Venecia ocupa en la literatura del Renacimiento un puesto secundario entre las ciudades de Italia que se distinguieron en este movimiento. Petrarca habia legado á esta ciudad su biblioteca, pero este donativo generoso no despertó la afición al estudio de las buenas letras, y fué, además, no solamente mal conservado sino deteriorado y dispersado. Un siglo despues, Besarion, regaló á la misma ciudad su gran biblioteca, que ya fué mejor aprovechada. Estas donaciones significan evidentemente algo mas que un obsequio y un homenaje respetuosos hechos á la poderosa y opulenta ciudad republicana, porque á los donadores debia de constar forzosamente que allí habia elementos estudiosos que saludarian con alegría y aprovecharian solícitamente estos grandes auxilios para sus tareas intelectuales, aunque no hayan llegado sus obras hasta nosotros. En cierta manera podria explicar y probar la existencia de un espíritu vigoroso del Renacimiento el hecho singular de que Venecia fué la primera ciudad donde se formaron notabilísimas colecciones de objetos antiguos, medallas, monedas, bronce, esculturas de mármol, piedras talladas y manuscritos de autores clásicos, preciosísimos en cuanto sirvieron para completar otros manuscritos incompletos y fragmentarios, segun consta en un documento notabilísimo del año 1335 de un ciudadano de Treviso llamado Oliverio Forza. El gusto y la afición existían, pues, aunque el primero no fuese muy refinado ni correcto, ni hubiera la instrucción bastante para ordenar por épocas, carácter y estilos estos tesoros. Su adquisición y reunion facilitaban ciertamente las relaciones mercantiles de la potente república, pero estas relaciones no bastan para explicar por sí solas la formación de tan notables colecciones, que hicieron célebre la ciudad de las lagunas. En virtud del mismo impulso y espíritu artísticos, Venecia se llenó de soberbios palacios y otras obras monumentales y de esquisito gusto; sus templos se cubrieron de magníficas obras de pintura y escultura; en sus plazas se levantaron estatuas á sus patricios beneméritos; los venecianos, deseosos de perpetuar la memoria de sus ciudadanos mas dignos, hicieron construir en vida de estos mausoleos fastuosos para darles honrosa sepultura. Pero la enumeración y descripción de todas estas creaciones artísticas corresponden á la historia del arte, aquí nos basta citar solo algunas por su importancia local y más por su significación bajo el punto de vista del Renacimiento.

Uno de los edificios mas característicos es la escuela de San Marcos, construida en 1485, cuya magnífica fachada, que



Iglesia de San Juan y San Pablo, en Venecia